

DOCUMENTOS OFICIALES

I

DISCURSO

LEÍDO ANTE S. M. EL REY Y LA REAL FAMILIA
EL DÍA 23 DE NOVIEMBRE DE 1921
EN LA SOLEMNIDAD CELEBRADA PARA CONMEMORAR EL VII CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DEL REY D. ALFONSO EL SABIO

por

D. JULIO PUYOL Y ALONSO

representante de la Real Academia de la Historia en aquel acto

SEÑOR:

SEÑORA:

SEÑORES:

La Real Academia de la Historia ha querido otorgar a mi humilde persona el alto honor de representarla en esta solemnidad; cumplo, pues, un mandato que cualquiera de mis compañeros desempeñaría con más elocuencia y saber, pero no, ciertamente, con mayor devoción que la que yo pongo en mis palabras al sumar la voz de la Academia en el homenaje que la cultura española rinde a uno de los monarcas más ilustres que ocuparon el trono de Castilla.

Excelso es el nombre de Alfonso X en la historiografía hispana, y, no obstante, la empresa histórica de que fué autor o propulsor, no sólo comenzó en época tardía, sino que hubo de quedar truncada mucho antes de llegar a sus promedios. Cuando los compiladores de la *Crónica general* ponían la pluma en los primeros capítulos, hallábase ya terminado el ingente monumento legislativo que debemos a aquel rey; hacía más de dos lustros

que se habían compuesto los *Libros del saber de Astronomía*, y más de tres que se diera cima a las *Tablas Alfonsíes*. En aquel amanecer intelectual, aurora del primer Renacimiento, no era la Historia la que exigía mayor urgencia, de un lado, porque fué su campo el que más asiduamente se cultivó en las dos centurias anteriores; de otro, porque en el reinado de Fernando III recibieron tales estudios impulso soberano, y aún estaba fresca la tinta con que escribiera su crónica don Rodrigo de Toledo, quien, abandonando el procedimiento tradicional, no se contentó con hilvanar los cronicones y anales de sus predecesores, sino que, fundiendo el material histórico en personal turquesa, supo dotar a su obra de un elemento crítico que en vano buscaríamos antes de él, y de una forma artística que no es fácil descubrir en las primitivas narraciones, como no sea en algunos pasajes del Silense.

El mismo rey parece haber dado a los libros de Historia que se elaboraron en su Corte menor importancia que a los de otras disciplinas; entre los objetos preciosos de su tesoro, guardaba un códice de los *Cantares de loor de Sancta Maria*, otro del *Septenario* y algunos más que menciona y lega en su segundo testamento; pero nada dice de los códices históricos; y, de otra parte, su cronista, que le prodiga fervientes alabanzas por haber hecho el *Fuero de las leyes* y los libros de las *Partidas*, por haber mandado tornar «en romance las escripturas de la *Biblia* et todo el *Eclesiástico*», y porque bajo su dirección se compuso «la *Arte de las naturas de la Astrología*», guarda extraño silencio sobre la *Estoria de Espanna* y sobre la *Grande et general Estoria*. Es evidente que había ya pasado el período de mayor actividad literaria y científica de la Corte de Alfonso X cuando el monarca hallábase aún dedicado a la tarea preparatoria de «ayuntar quantos libros pudo auer de historias en que alguna cosa contassen del fecho d'Espanna», puesto que en 1270 pedía, para copiarlos, al monasterio de Santa María de Nájera, la *Historia de los Reyes*, de Isidoro el menor, el *Liber Illustrum Virorum* y el *Catálogo de los Reyes godos*.

No fué, en verdad, propicia la estrella que presidió a la re-

dacción de la *Crónica general*, porque en el citado año, que es verosímilmente cuando se le dió principio, comenzaron también las tormentas de aquel reinado, y de allí en adelante, ni el rey ni sus familiares gozaban del sereno reposo que requiere el cultivo de las Ciencias y las Letras: llegaba un día la noticia de que el infante don Felipe y los ricos hombres de su parcialidad, congregados en Lerma, conspiraban contra su señor, juramentándose para «destruírle lo que pudiessen, si les non otorgase e cumpliesse las cosas que le irian demandar»; sabíase otro que los prelados, olvidándose de su misión evangélica, alentaban en Burgos la discordia entre los dos bandos enemigos; más tarde, se recibía el altivo mensaje de los rebeldes que se despedían del rey para buscar apoyo a su ambición en la corte de Granada; luego, era preciso dar principio a los tratos de avenencia, llevados por la misma reina, y cuando, al cabo, podía presumirse que iba a sonar la hora de la paz, el sesgo inesperado que tomaron los asuntos de Italia y de Alemania vino a renovar en el monarca el hechizo fascinador que sobre él ejercía la corona del Imperio, y posponiendo todo otro designio que no fuera el de la satisfacción de su constante anhelo, no pensó ya en otra cosa que en requerir de las Cortes los servicios extraordinarios para decorar dignamente su presencia en tierras extranjeras y en emprender aquella larga y romántica peregrinación a Beaucaire, a cuyo término le aguardaba el triste desengaño de ver holladas sus ilusiones, y el convencerse, como escribe su cronista, de que «en fecho del Imperio le traían en burla.» A ello, se agregó la inquietud que le produjo la noticia del desembarco en Tarifa de las huestes de Yusuff y la tribulación que experimentó al recibir la infausta nueva de la muerte de su primogénito y sucesor, dolores y amarguras que, con ser suficientes para abatir el corazón más denodado, eran no más que el prólogo de los infortunios que le esperaban en su patria, y que en serie continua e implacable cayeron sobre él y pusieron a prueba el temple de su espíritu durante los nueve años transcurridos desde su regreso hasta el día postrero de su vida. Los conflictos de orden internacional, político y familiar suscitados por los infantes de la Cer-

da; las tragedias de Logroño y Treviño; el fracaso del cerco de Algeciras; los descalabros de los ejércitos cristianos en la vega granadina, y, como fin y remate, la rebeldía de don Sancho, fueron las estaciones del calvario que tuvo que recorrer aquel monarca que, habiendo soñado con la corona de un Imperio, estaba predestinado a que su hijo le arrancase de sus manos el cetro de Castilla.

El fragor de tan deshecha tempestad no era, ciertamente, medio favorable para la prosecución de los trabajos que don Alfonso X patrocinara en los dorados y fugaces albores de su reinado. La *Crónica general* hubo de interrumpirse en los capítulos correspondientes a los reyes godos; llegó quizá, según probables conjeturas, hasta el desastre de Guadalete, pero faltó el tiempo y la tranquilidad para tratar de los sucesos posteriores anunciados en el proemio, a saber: «como fueron los cristianos despues cobrando la tierra; et el danno que uino en ella por partir los regnos, porque non se pudo cobrar tan aina; et despues cuemo la ayunto Dios, et por quales maneras; et en qual tiempo, et quales reyes ganaron la tierra fasta en el Mar Mediterraneo; et que obras fizo cada uno, assi cuemo uinieron unos empos otros fastal nuestro tiempo». Todo esto, es decir, el material de cinco siglos y medio de historia, quedó en los cartapacios esperando redacción definitiva.

Ahora bien; la circunstancia de que el libro no lograra llegar a su perfección y acabamiento, en nada amengua el valor de la obra histórica realizada bajo los auspicios de Alfonso X ni empaña en lo más mínimo su gloria personal. Y digo personal, porque podrá discutirse si concurrió con su pluma a la realización de aquélla o fué solamente su iniciador; pero lo que no puede negarse es que a él y sólo a él se debe que los relatos de la historia hispana dejasen de escribirse en el bárbaro latín de los cronicones para expresarse con los graves y sonoros acentos del romance; el rey pensó, sin duda, que la lengua vulgar que sirvió a Berceo para cantar los milagros de los Santos y las alabanzas de la Virgen, podía servir también para rememorar las hazañas de los hombres, con lo cual la Historia de España, patrimonio has-

ta entonces de los letrados que sabían escribirla, le fué devuelta al pueblo que supo hacerla. Consecuencia de ello fué otro hecho importantísimo, como es el haber dado carta de naturaleza a una nueva fuente histórica, hermana gemela de la tradición, y que si no llegó a mostrarse en la labor de los primeros compiladores por no haber alcanzado con ésta a la época en que aparece, entró en sus propósitos utilizarla, y aun indicios hay que nos persuaden de que la utilizaron en sus apuntes y borradores: me refiero a las gestas y cantares, fuente tímidamente admitida por el Tudense y el Toledano en tal cual lacónico pasaje de sus crónicas, como es aquel en que uno y otro trasladaron en versión reducida a términos esquemáticos el romance carolingio de *Maynete y Galiana*, y que iba a adquirir desde entonces desarrollo y realce extraordinarios.

Cierto es que al pasar la epopeya a la *Crónica general*, se mezcla y confunde lo real con lo fabuloso; pero no hay que olvidar que, aparte de que no toda la epopeya es fábula, la fábula es también historia, y por eso aquellos compiladores que acogían las gestas épicas y los cantares juglarescos, no sólo prestaron a las Letras castellanas el servicio inestimable de conservar, siquiera sea en vestigios, la nativa pureza de su infancia y los primeros vagidos de su musa, en los que el artificio literario está suplido por la ingenuidad y el candor, sino que conservaron además para la Patria la memoria de sus héroes, reales o legendarios, pero jamás creados por la impostura ni concebidos como meras abstracciones simbólicas; por eso también aquella prosa, que evoca el mundo del pasado, suena en nuestros oídos con el dejo melancólico del recuerdo o con la solemne majestad de la leyenda; y por eso las novelescas relaciones de Bernardo del Carpio o de Fernán González, las escenas brutalmente trágicas de los Infantes de Salas, los dramáticos y caballerescos episodios del cerco de Zamora, las bélicas empresas del Cid y las bizarras proezas de Alvar Fáñez son, sin duda, historia, y historia verdadera, porque, bien consideradas tales ficciones y fantásticas hazañas, no son más que el espléndido ropaje con que la fecunda imaginación de poetas y juglares revistió el alma de su tiempo,

y ellas nos hacen ver, con el relieve de la forma y el fresco colorido de la vida, algo que no puede hallarse jamás ni en las frías cenizas de los archivos, ni en las obras de los que pretenden estudiar la Historia con microscopio y bisturí; algo, en fin, que es el reflejo rudo, pero fidelísimo y humano, del espíritu de la raza, de la mentalidad del pueblo y del interno sentir de las generaciones pretéritas, que amasaron con su sangre los cimientos de los reinos cristianos y con ella escribieron las páginas imperecederas de la Reconquista.

HE DICHO.

II

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS DE NAVARRA

EXCMO. SR.:

Me es muy grato poner en conocimiento de V. E. que, en sesión del día de ayer, ha acordado esta Comisión encargar a los diez y ocho Delegados que tenemos establecidos en los principales puntos de Navarra, la celebración de una serie de conferencias populares y gratuitas, a cargo de los mismos, auxiliándose de personas eruditas, en cada localidad, y desarrollándose temas de Historia y de Arte principalmente (nada de las guerras del pasado siglo), tradiciones locales, leyendas, músicas y cantos populares, Arqueología de la comarca, sus gustos, épocas, estilos, la religiosa, civil, militar, sus creadores, su importancia, necesidad de respetarla, conveniencia de atraer al turismo, descubrimiento de lápidas e inscripciones, su descifrado y transcendencia de éstos y otros vestigios que se posean o, en lo sucesivo, se hallen.

Este acuerdo no pasa de ser, por hoy, un intento de ensayo a favor de la cultura general histórica y artística; lo sometemos al respetable juicio de V. E. y quedamos en dar cuenta del resultado, por el ejemplo que puede llegar a establecer.